

désde donde se anunciaba el Evangelio al pueblo reunido en la plaza pública.

Antes de llegar á la Academia, pasamos cerca del palacio habitado por Benedicto XIV en tiempo en que este gran papa era arzobispo de Bolonia. Esta morada, ilustrada por tantos recuerdos, me trajo á la memoria una anécdota que caracteriza á la vez, al hombre de espíritu y al hombre superior. No sé que mal poeta se permitió publicar una amarga sátira contra el digno arzobispo. El prelado quiso verla, y la leyó con mucha atención. Sin quitar nada de las injurias de que era objeto, corrigió muchos versos con su propia mano, y mandó en seguida la pieza á su autor, diciéndole: «Así corregida la composición, pienso que quedará mejor.»

La galería de Bolonia, por la cual íbamos á la Academia, se distingue por sus escogidos cuadros. Se fija principalmente la atención sobre el *Martirio de santa Ines* del Dominiquino 1; la *Virgen de la Piedad*, del Guido, la *Virgen Santísima en la gloria*, de Perujino 2 y la *santa Cecilia* de Rafael 3. Estas magníficas composiciones están colocadas en la rotunda, á donde se llega por un vasto pasillo tapizado de cuadros anteriores al renacimiento. Esta inmediatez ilustra claramente la historia del arte, y hace tocar con la mano la diferencia de *espíritu* y de *ejecución*, entre la escuela católica y la escuela pagana. Para explicar mi pensamiento, os cito para Florencia, á donde iremos en pocos días.

1. Nacido en Bolonia, en 1561.

2. Nacido en Perusa, en 1446.

3. Nacido en Urbino, en 1435.

24 DE NOVIEMBRE.

Los Apeninos.—Trajes.—La marquesa Pepoli.

¿Quién no ha oído contar en su infancia ó quién no ha leído en su vida alguna historia de bandidos de la Selva Negra ó de los Apeninos? ¿No es este el episodio obligado de la mayor parte de los viajes antiguos y modernos en Alemania y sobre todo en Italia? Y la imaginación conserva tan fielmente las primeras impresiones, que la nuestra se llenó de espantosas imágenes, desde el momento en que se decidió que atravesaríamos las famosas montañas. A las tres de la mañana, cuando despertamos, el pensamiento de los *sgrazzatori* (degolladores) fué después de Dios, el primero que nos ocurrió. El tiempo estaba en armonía con nuestra alma. Una negra noche, un frío vivo, una espesa niebla que destilaba gruesos copos de nieve, acompañaron nuestra silenciosa partida; Bolonia dormía. En las puertas de la ciudad, el conductor hizo subir por detrás del coche á un hombre vigoroso que acostado sobre el almacén de equipajes debía velar por ellos; ya estos estaban sujetos por dos gruesas cadenas de hierro. En el interior se contaban relaciones eminentemente propias para amenizar nuestros pensamientos. Se referían asesinatos que acababan de cometerse, uno hacia diez días, otros dos solamente.

Bien pronto nos vimos sumergidos en un profundo valle, verdadera madriguera, terminada por una montaña larga y árida: estábamos en los Apeninos. Allí nos esperaban cuatro bueyes grises, de elevados cuernos; de trecho en trecho se remudaban algún par de aquellos útiles, pero lentos cuadrúpedos. Ya empezaba el día; pero ¡ay! nada de bandidos, ni encuentros, ni episodios ningunos; en cambio de esta

privación, examinamos el paisaje. Nada es tan triste como la vista de los Apeninos, al menos en la parte que separa á Bolonia de Florencia. Allí no encontráis ni las majestuosas montañas de la Suiza, ni sus elevados picos, ni sus graciosos valles, animados por la caída de las cascadas ó por el ruido de los torrentes. Montañas incompletas, crestas sembradas acá y acullá, sin orden, sin gracia y la mayor parte desnudas y sureadas por barrancas; otras, cubiertas de diminutas encinas; tal es el bosquejo del cuadro que entristece más bien que ameniza, las cabañas aisladas, mezquinas moradas de los raros habitantes de aquellos lugares salvajes. Durante diez y ocho horas permanecemos internados en aquellas montañas, siguiendo un camino rodeado de precipicios y de cruces rojas ó negras que marcaban el lugar en que habían sucedido funestos acontecimientos. Gracias á Dios, viajamos sin accidente y sin encontrar al bandido de los Apeninos; solo vimos su tipo, y su clásico traje llevado por inofensivos montañeses.

Representaos á un hombre de varoniles facciones, de negros cabellos, de acobrado color, cubierta la cabeza con un sombrero á la *Robinson*, rodeado con una ancha cinta de terciopelo negro, fija por delante con una hebilla oblonga; sobre las espaldas una media capa y una chaqueta redonda color de castaña, chaleco rojo, calzon verde, medias formando cuerpo con la suela de los zapatos, y tendreis, sin las pistolas en la cintura y la carabina en la espalda, al *sgrazzatore* (degollador) de los Apeninos. Si cuando pasais por allí os acompaña algún montañés, tendreis á la vista, como nosotros, aquel temible tipo. Si le pedis su cuchillo para verlo, os enseñará friamente una arma cuya vista os hará temblar: es un puñal cuya delgada boja, afilada, tiene nueve pulgadas de longitud. En

fin, si como nosotros, seguís interrogándole, os hablará de los encuentros en la selva, así como del valor y de la presencia de ánimo de que ha tenido necesidad para escapar de los bandidos. Guardaos de dar á conocer alguna señal de incredulidad, cortaríais la palabra del historiador y tendríais lugar de arrepentiros; ¡oh y qué aventuras tan bien elejidas y referidas con pantomimas verdaderamente divertidas! Libraos también de no creer sus relaciones, porque á decir verdad, yo creo á los *sgrazzatori* mucho más raros de lo que se cuenta; *rara avis in terris etc.*⁷

Para distraernos de las historias de bandidos, hablamos sucesivamente de la Francia y de nuestros amigos. A su turno, un viajero radicado largo tiempo en Bolonia, nos interesó vivamente hablándonos de la marquesa de Pepoli. «¿No conocéis, nos dijo, á esa marquesa? Cuando yo la haya nombrado os sorprendereis de encontrar bajo esta cubierta italiana un nombre francés, nombre ilustre y querido para los viejos soldados del imperio. La marquesa Pepoli es la señorita Murat, hija del rey de Nápoles. Casada en Bolonia, goza de una fortuna considerable, pero no os hablo de ella por eso. Su título de gloria consiste en ser el modelo de las que son mujeres de su casa y de las madres que comprenden la educación de sus hijas. Esta dama tiene la sencillez de creer que la educación es el aprendizaje de la vida. Una ilustrada piedad, dulce y sostenida, piedad útil para todo y que es como la púdica belleza de la virtud, forma la base de la instrucción y de la conducta de su hija. Bajo el ala maternal, la niña crece en ciencia, dirigida por hábiles maestros. Acabadas las lecciones, mademoiselle, conducida por su madre, entra en todos los pormenores de la economía doméstica, lava la ropa, aprende á hacer y remendar los vestidos, lleva apuntes del gasto; en una palabra, se ini-

cia poco á poco en el manejo de una casa. La noble niña no se avergüenza de ninguno de estos cuidados; porque su madre la ha dicho que no hay oficio degradante y que los que tal dicen son necios; que á los ojos del hombre racional se tiene á honra practicar con inteligencia y fidelidad los deberes de su estado, y que el reino de una mujer, es su casa; sus grandes negocios, los quehaceres domésticos.

“Educada así la nieta del antiguo rey de Nápoles, será sin duda humilde, piadosa, instruida, sencilla, modesta, valerosa, buena esposa, buena señora y buena ama de su casa; sabrá poner orden en ella, vijilar á los criados, arreglar los pañales de sus hijos, tejer medias para su marido, sabrá y hará todo esto, y lo que es más, no se avergonzará de ello, ella no será nunca una mujer *maravillosa*, hábil para nadar, montar á caballo ó manejar armas, ardiente por fumar puro y leer novelas; no tendrá ni un palco en el teatro ni un lugar reservado en las salas de los Tribunales, para procurarse emociones de otro género y variar sus placeres. En otros términos, concluyó el viajero, la marquesa amenaza al siglo XIX con darle una buena mujer más y una *leona* de ménos.”

Esta interesante conversacion nos hizo olvidar el fastidio del viaje, que se prolongó demasiado; llegamos á Florencia á las dos de la mañana.

25 DE NOVIEMBRE.

Florencia.—Jardin de Boboli.—Ojeada sobre la historia de Florencia.

¡Cuál fué nuestra sorpresa, cuando al abrir los ojos á la luz, vimos un cielo claro y trasparente, como el que tenemos en el interior de la Francia, en los hermosos dias de estío, y sentimos una temperatura tan dulce, y contemplamos un verdor tan

fresco como en el mes de Mayo! Con el fin de juzgar de la ciudad en conjunto nos fuimos al jardin *imperial y real de Boboli*. Este es el jardin del célebre palacio Pitti, morada actual del soberano. Se eleva en anfiteatro y desde la altura de su azotea pudimos contemplar á nuestro gusto la *ciudad de las flores*. Sentada sobre una llanura rodeada de montañas cubiertas hasta la mitad de una risueña vegetacion, Florencia es como la perla en el cáliz de una flor, cuyos pétalos frescos en la base, estuviesen marchitos en la cima. La capital de Toscana, atravesada por el Arno, cuenta cien mil habitantes. Está bien edificada, es de regular pavimento, y si esto os agrada, se llena en otoño de los inevitables hijos de Albion. Allí encontramos tambien algunos franceses. Por la tarde en mesa redonda solo se habló nuestro idioma. Estaba yo muy contento y satisfecho de esto, cuando una sorpresa harto agradable vino á colmar mi alegría. A la mitad de la comida oí que me preguntaban en buen frances y en voz alta noticias de Nevers y de muchos de mis amigos. El amable desconocido, que sabia muy bien quiénes éramos y de dónde veníamos, era el Sr. conde Th.... W.... Es uno de esos hombres raros que por un feliz privilegio, reúne á las maneras distinguidas de nuestra antigua nobleza, el talento superior del literato ejercitado, y el corazon de un ferviente cristiano.

Vuelvo á Boboli. A la entrada se elevan sobre sus anchos pedestales, dos buenas estatuas antiguas, de pórfido oriental que representan dos prisioneros dácios. Más léjos aparece la estatua colosal de Céres y otras muchas que no puedo ó no quiero nombrar. Los escultores cuyas obras decoran este jardin, han tenido el triste talento de hacerlos bajar los ojos á cada paso. Desde la altura en que estábamos situados, nuestras miradas abrazaban

la ciudad entera; á nuestros piés corria el Arno, cuyas ondas ajitadas parecen presentar una imájen exacta de la historia de Florencia. Acordándome que estaba en la tierra natal de lo *clásico*, creí poder permitirme una prosopopeya.

Dirijiendo, pues, la palabra al rio, le dije: “Antiguo testigo de los acontecimientos pasados en estos lugares, cuéntame, ¿qué has visto? El me respondió: Largo tiempo ántes de los romanos, los etruscos, colonia de fenicios, habitaban mis riberas; el acento gutural de los florentinos prueba su descendencia, 1 yo vi llegar lo escojido del ejército de César, que transformó la vieja ciudad en ciudad nueva; Florencia sufrió el yugo de Roma á la cual se unió por una larga vía, llamada *Via Caspia*, cuyas ruinas puedes todavía reconocer. Bajo Neron, fué atravesada por un apóstol llamado Florentino, 2 que el jefe de los pescadores de Galilea enviaba á las Galias; aquí dejó caer una chispa del fuego divino que llevaba por todas partes, y Florencia se hizo cristiana. Desolada por los bárbaros, fué restablecida por Carlo Magno, aquel gran restaurador del Occidente. En 1125 era bastante poderosa para subyugar á la antigua Fiésola su rival. Dos siglos despues habia llenado el mundo con el ruido de su nombre. En las bóvedas del *Palazzo Vecchio*, un cuadro te recordará tal vez este hecho único, tan honroso para la civilizacion de Florencia. El te representa la recepcion de los doce embajadores enviados por diversas potencias al pontífice romano Bonifacio VIII para el célebre jubileo del año 1300, embajadores que fueron todos florentinos. Así el papa, sorprendido con un encuen-

1 Incripciones y medallas encontradas en Florencia, parecen demostrar el mismo hecho segun el doctor Lami.

2 Véase *Foggino, De itinere et episcopatu romano divi Petri* (Del camino y del episcopado romano de san Pedro.)

tro tal, con esta reunion de florentinos que gobernaban el universo, les dijo: *Vosotros sois un quinto elemento*. La lista de las potencias de que eran ministros aquellos florentinos, no te parecerá ménos extraordinaria que el hecho mismo; hélo aquí: la Francia, la Inglaterra, el rey de Bohemia, el emperador de Alemania, la república de Ragusa, el señor de Verona, el gran Kan de Tartaria, el rey de Nápoles, el rey de Sicilia, la república de Pisa, el Señor de Camerino, el gran maestro de san Juan de Jerusalem. 1

“Alternativamente aristocrática y democrática, Florencia adquirió por su comercio con el Asia, inmensas riquezas que la llevaron á su ruina. Mis aguas se enrojecieron con sangre de sus más nobles ciudadanos. Aparta la vista de este triste espectáculo y fijala sobre los grandes hombres que ha producido esta tierra. Sin hablar de muchos otros, aquí vió la luz primera el Dante, príncipe de los poetas y creador de la lengua italiana; Maquiavelo, que deshonró su génio haciéndose apóstol de la astucia; Miguel Angel, que inmortalizó el suyo como pintor, como escultor y como arquitecto; Brunelleschi, cuya gloria sin mancha divulga la cúpula de Florencia, Fray Bartolomé que nunca fué más grande que cuando arrojó al fuego las obras licenciosas de su hábil pincel; Cimabue, cuya fama creció á medida que el arte se hacia católico; san Antonino, la perla de los obispos del siglo XV; Leon X, que supo combatir con la cabeza erguida las terribles tempestades del siguiente siglo; san Nelipe Neri, modelo de sacerdotes; el bienaventurado Hipólito Galantini, cuya memoria bendicen los pobres y los niños, mientras el cielo corona sus virtudes; san Felipe Benicio, honor de los *Servitas* y apóstol de la paz entre los Guel-

1 Véase á Valery, tom. II p. 171.

fos y los Gibelinos; en fin, santa Magdalena de Pazzi, la Teresa de la Italia:»

Así es como pasaban á nuestra vista los fastos de Florencia con las olas del río que iba á llevar el monótono tributo de sus aguas al mar de Etruria; del modo que los hombres que en otro tiempo viviendo en sus orillas, habian llevado el de su vida pura ó manchada, al grande oceano de la eternidad. Despues de esta leccion de historia, entramos al hotel con la esperanza de una rica cosecha para el dia siguiente.

26 DE NOVIEMBRE.

Bautisterio.—Catedral.—Monumentos del Dante, de Giotto, de Marcéle, Ficen.—Estatuas de san Miniato, de san Antonio.—Fuentes de agua bendita.—San Cenobio.—Recuerdo del Concilio general.—Campanile.—Iglesia de san Lorenzo.—Capilla de los Médicis.—La Anunziata.—Santa Magdalena de Pazzi.—Inscripcion de Arnolfo.—Cerillos químicos.—Rasgo de costumbres.

Nuestra primera visita fué al bautisterio. La fundacion de este edificio, debida á la piadosa princesa Teodolinda, reina de los lombardos, se remonta al siglo VI. Es de forma octagonal y todo revestido de mármol; pero exceptuando las tres famosas puertas de bronce, yo prefiero el bautisterio de Parma. La más antigua de esas puertas, colocada en medio, fué ejecutada en 1330 por Andres de Pisa. Presenta en veinte cuadros divisorios, la historia de san Juan y sus diversas virtudes. En la *Visitacion* y en la *Presentacion* las figuras de mujer tienen una gracia, una decencia, una especie de pudor tímido llenas de encantos. Conviene no olvidar las fechas de estas composiciones sencillas y de buen gusto, obras maestras de Ghiberto. Las otras dos puertas son del siglo XIV. La de en medio es tan bella, que Miguel

Anjel pretendia que era digna de ser la puerta del paraiso. Entre todos los bajos relieves que adornan las hojas, se admiran sobre todo, los asuntos del Antiguo Testamento. Al lado de la puerta principal están dos columnas de pórfido tomadas á los sarracenos, y las cadenas de fierro que están adheridas á ellas, perpetúan el recuerdo de una célebre victoria alcanzada por los florentinos sobre los paisanos.

Del bautisterio pasamos á la catedral *Santa María de la Flor*. Esta inmensa iglesia tiene 467 piés de longitud; la anchura de la cúpula excede en siete piés dos pulgadas á la de san Pedro de Roma. Todo el exterior, con excepcion de la fachada, está incrustado con mármoles de diversos colores. A la altura de las naves está un corredor, cuyo balaustrado todo de mármol, está construido en forma de encaje; teneis otro segundo en la base de la cúpula que rodea aquella parte aérea del edificio, como una guirnalda de flores. Las ventanas están adornadas con esculturas, columnas en espiral, mosaicos y pirámides, así como las cuatro puertas laterales. El interior de la iglesia es rico en monumentos, estatuas y sepulcros. Al lado de una puerta lateral está una pintura sobre madera que representa al Dante vestido de paisano de Florencia y coronado de laureles. Cerca de él se vé una imájen de la *Divina Comedia*, y una vista de Florencia. Este es el único monumento que la ingrata república ha consagrado á su ilustre poeta, que murió desterrado en Ravena, donde mas tarde visitaremos su soberbia tumba. En seguida veis los monumentos de Giotto y de Marcile Ficen.

En el primer rango de las estatuas, figura la de san Miniato mártir; es de tamaño colosal. Para honrar las virtudes y un valor sobrenatural, concibo que el arte pasa de las proporciones ordinarias. Miniato, soldado romano, estaba de guar-

nición en Florencia, cuando Décio encendió de nuevo el fuégo de la persecucion contra los cristianos. El veterano, intimado para que sacrificara á los ídolos, mostró públicamente que sabia exponer la vida por su Dios; como habia desafiado la muerte tantas veces por su príncipe, la recibió en medio de tormentos; su triunfo preparó el de la lejion Tebana, y Florencia ha consagrado religiosamente un nombre que el cielo escribió en sus fastos inmortales. Las reliquias del glorioso mártir y de sus compañeros descansan en una iglesia dedicada en su honor mas allá de la puerta de *san Miniato*. Este venerable santuario, sostenido por treinta y seis columnas de mármol de una suntuosa elegancia, merece la atencion particular del viajero. Otra estatua colosal es la de san Antonino, arzobispado de Florencia, cuyas reliquias enriquecen la catedral. ¡Felices las ciudades que encuentran en su propio seno los modelos y los maestros de todas las virtudes! ¡mas felices aquellas que tienen el buen sentido de perpetuar con monumentos su preciosa memoria! Yo no conozco un patriotismo mejor entendido.

Noble hijo de Florencia y padre de su patria, nació Antonino en 1889. Dotado de las cualidades mas raras, debió á un prodijioso caudal de fuerza intelectual, su entrada á la órden de santo Domingo. A la edad de quince años se presenta al prior de Fiesola y le suplica le admita en el número de sus novicios. El prior, que queria probar una vocacion tan precoz, le dijo: «Sereis recibido, hijo mio, cuando hayáis aprendido de memoria el *Decreto de Graciano*.» Todo aquel que conozca un poco el cuerpo de derecho canónico, confesará sin trabajo que semejante condicion podia pasar por una verdadera negativa. Antonino solo vió en eso una dificultad; se puso á trabajar doce meses, de-pues vuelve á presentarse al prior. Examinado el jóven

prodijio, recita, responde y discute con tanta seguridad y superioridad, que es recibido por aclamacion. El fué el que mas tarde respondió á Eujenio IV, que se habia decidido á hacerlo arzobispo: ¿Querriais, Padre Santísimo, tratar como enemigo á un hombre á quien habeis dado tantas muestras de bondad? El papa fué inflexible. Antonino arzobispo, visitaba con regularidad su diócesis. Una mula componia todo su bagaje. Cuando no tenia nada que dar, la vendia por socorrer á los pobres. Las personas ricas se disputaban comprarla para tener ocasion de devolvérsela al santo en forma de obsequio: este piadoso tráfico duró largo tiempo, y á no ser por la conciencia de ciertos personajes, que no es necesario nombrar, ninguna mercancía se habria vendido con tanta frecuencia como la mula de san Antonino ó el cobertor de lana de san Juan el Limosnero.

En las dos primeras columnas de la gran nave están dos antiguas fuentes de agua bendita, siendo la una notable por sus esculturas y la otra muy venerada por haber contenido los huesos de *san Cenobio*. Este san'co, hijo, protector, patrono y apóstol de Florencia como Antonino, descendiente de Cenobia la reina de Palmyra, nació en el siglo IV. Pescado en el abismo de la idolatría vino á su turno á ser pescador de hombres. Sus primeras conquistas fueron su padre y su madre. Amigo de san Ambrosio y del papa Damaso murió bajo el reinado de Honorio, y fué depositado en la catedral, en donde continúa velando por la familia que él crió para Jesucristo.

Santa María de la Flor recuerda otro hecho que ocupa gran lugar de la historia. Ella vió en 1438 el célebre concilio ecuménico en el cual se firmó entre el Oriente y de Occidente la union tan largo tiempo deseada, tantas veces rota, y que